

# Los nuevos relojes de la psiquiatría en México

Ignacio Solares

El doctor Ramón de la Fuente vivió a profundidad y participó activamente en el ingente proceso de transformación de los estudios de la psique en los últimos sesenta años. En una entrevista que le hice a Erich Fromm en 1971 para *Revista de Revistas*—que en aquel entonces dirigía Vicente Leñero—, el autor de *El miedo a la libertad* me habló del valioso trabajo que venía realizando en México desde hacía años al lado de un grupo de brillantes discípulos: Aniceto Aramoni, Jorge Silva, Giuseppe Amara, Jorge Derbez..., y, muy especialmente mencionó *Psicología médica* del doctor Ramón de la Fuente como “un libro trascendental” para el estudio del tema en nuestro país. “De la Fuente ha sincronizado los relojes de la psiquiatría mexicana al acercarla a los avances más importantes de su tiempo”, agregó.

Ya en la época en que publicó *Psicología médica*—finales de los años cincuenta—, De la Fuente se había percatado de que los avances de la neurobiología obligaban a replantear muchos de los antiguos conceptos del estudio de la mente. Porque este fenómeno, que hoy se ha convertido en un verdadero alud de investigaciones bioquímicas y psicofarmacológicas, hace apenas seis décadas era una vasta región sin mapas que la identificaran. Baste recordar el testimonio de uno de los más prestigiados bioquímicos norteamericanos, el doctor Irving Page, quien escribe:

Es difícil entender por qué necesitaron tanto tiempo los hombres de ciencia para dedicarse a la investigación de las reacciones químicas en sus propios cerebros. Lo digo por una dolorosa experiencia personal. Cuando regresé de Europa a mi patria en 1940, no pude obtener una ocupación digna en este campo del estudio de la química del cerebro, ni despertar por ella el más mínimo interés.

Hasta veintitantos años después empezaron a ser estudiadas las enzimas que regulan el funcionamiento cerebral. Fueron aisladas sustancias químicas desconocidas, como la adrenalina y la serotonina (de las que, por cierto, el mencionado doctor Page fue codescubridor). Se logró sintetizar sustancias para ayudar al sistema nervioso a realizar—o reforzar— sus milagros cotidianos. Hoy sabemos que los avances espectaculares en ese terreno apenas comenzaban y que las diversas formas de plasticidad del sistema nervioso central permiten vislumbrar caminos insospechados.

Las nuevas drogas que produjeron esos descubrimientos cambiaron, literalmente, nuestro concepto del mundo (en especial, por ejemplo, al salir de un trastorno grave de depresión), ya que alteran temporalmente la química del cerebro y el estado de ánimo con ella asociado sin, en apariencia, causar un daño permanente al

conjunto del organismo. ¿Qué relación tenía todo esto con el resto de las disciplinas relacionadas, directa o indirectamente, con la neurociencia? De la Fuente nos lo responde en el texto que de él publicamos, y que le grabamos para la serie *Voz viva de México*:

Avances recientes en el conocimiento del cerebro y de la mente han transformado profundamente los conceptos y las prácticas de la psiquiatría (...). Entre 1940 y 1960, el psicoanálisis fue el principal impulso intelectual en nuestro campo (...). Un giro de grandes consecuencias se inició en la década de 1960, con la identificación, en regiones específicas, mediante técnicas de registro más finas, de cambios estructurales funcionales y bioquímicos en enfermedades y trastornos mentales.

Pero si estos estudios se iniciaron en la década de los sesenta, aun hubo una fuerte resistencia a su pleno reconocimiento durante los siguientes años. Recuerdo que cuando publiqué *Delirium Tremens* en 1979 —recopilación de casos sobre el tema— aún había quienes intentaban curarlo por medio del psicoanálisis, siendo que el *delirium tremens* presupone ya una grave lesión cerebral.

En especial para el psicoanálisis, el estudio de la química del cerebro resultó por demás aciago en un principio (¿para qué pasarse cuatro años averiguando el “trauma inicial” si un prozac provoca un bienestar y una readaptación social casi inmediatos?), aunque luego ha ido encontrando su sitio como complemento indispensable en tratamientos terapéuticos a mayor profundidad. Es indudable que sin el descubrimiento de Freud del inconsciente no podríamos hacer emerger conflictos —“complejos”— de las zonas más oscuras de la mente. Pero en un inicio el reacomodo no resultó sencillo para psicólogos y psicoanalistas. Así, en un libro de 1983, *Nuevos caminos de la psiquiatría*, De la Fuente advertía: “A algunos psicoterapeutas de viejo cuño no les resultará fácil comprender las implicaciones que tienen las construcciones científicas de la psiquiatría moderna”. Y, en efecto, no les resultó nada fácil.

Pero esta nueva concepción de la psiquiatría tenía mayores implicaciones de las que a primera vista parecía. Por una parte, terminaba con el maniqueísta dualismo cartesiano que había dominado a la ciencia desde el siglo XIX. “El deseo irresistible que nace en el corazón del hombre por verse a sí mismo como algo aparte de la naturaleza, ha estimulado desde Platón hasta nuestros días concepciones duales de la condición humana”, nos dice De la Fuente en *Biología de la mente*.

La idea de una psique separada, prisionera, de un soma de barro corruptible, dio origen a las nociones del pecado original y de una pura espiritualidad a la que no se tenía acceso salvo a través de un largo proceso



de mortificación física. “El dolor del cuerpo exalta el alma”, decía San Agustín. El orfismo y los pitagóricos prepararon el camino para Platón y, reforzada después por el dualismo cartesiano, preñó la incipiente ola de las ciencias de la mente. Aun Charcot —antecedente y maestro de Freud— podía decir que durante la hipnosis lograba “extraer el alma del cuerpo” y, por supuesto, en los manicomios se curaba “un alma enferma” a base de manguerazos.

En *Psicología médica*, ya advertía De la Fuente:

No es todavía fácil, por razón de nuestras deficiencias semánticas, usar con todas sus implicaciones en la psicología médica el concepto del organismo humano como una *totalidad*. Tanto la psicología como la biología humana carecen aún de los instrumentos conceptuales necesarios para ello (...). Sobre el concepto del organismo como *totalidad* se asienta el de la personalidad humana entendida como una *plena integración* de fuerzas vectoriales.

Hablando sobre el tema, De la Fuente me decía que esta idea, aparentemente tan revolucionaria, de concebir el alma y el cuerpo como una sola entidad, ya estaba en algún texto de William Blake, poeta inglés del siglo XVIII. Así, en *El matrimonio del cielo y del infierno* leemos:

Todas las Biblias o códigos sagrados han sido causa de los siguientes Errores:

- 1) Que el hombre posee dos principios reales de existencia: un Cuerpo y un Alma.
- 2) Que la Energía, llamada Mal, pertenece sólo al Cuerpo y que la Razón, llamada Bien, pertenece sólo al Alma.
- 3) Que Dios atormentará al Hombre en la Eternidad por seguir sus Energías.

Pero las siguientes Contradicciones a lo que precede son la Verdad.

- 1) El Hombre no tiene un Cuerpo que se distinga del Alma, porque lo que se llama Cuerpo es una porción del Alma.
- 2) La Energía constituye la única vida y proviene del Cuerpo, y la Razón es sólo la circunferencia exterior de la Energía.
- 3) La Energía es el Eterno Deleite.

En efecto, tal parece que por donde van a pasar los hechos pasan antes las palabras, en especial las palabras de los poetas. (El propio Freud reconocía que, antes que él, habían descubierto el inconsciente los poetas.)

Por otra parte, De la Fuente resalta en un libro de 1989, *El pensamiento vivo de Erich Fromm*, el aspecto humanista de esta visión integral del hombre. Critica al psicoanálisis clásico, su determinismo y su descuido de la ética y subraya la necesidad de instar al paciente a no soslayar su responsabilidad personal dentro de los límites de su libertad. Escribe:

Tras la culpabilidad periférica y circunstancial del neurótico, es posible identificar las fuentes verdaderas de

su sentimiento de culpabilidad: el no haber sabido asumir la responsabilidad de su vida.

Responsabilidad que, podríamos agregar, incluye hacernos conscientes del lugar que ocupamos en la familia, en la sociedad y en el planeta mismo. Porque esa *totalidad* humana de la que nos habla De la Fuente nos integra dentro de la naturaleza entera, con todas las implicaciones éticas, filosóficas y teológicas que ello implica. ¿El hombre es la medida de todas las cosas? Lo es..., pero por lo visto sólo para nosotros. Pero para los ruiseñores, la medida del universo de los ruiseñores son los ruiseñores, lo mismo que, como dice Borges, el tigre sólo quiere eternamente ser tigre. Que Konrad Lorenz y los etólogos hayan podido reconocer esta verdad y actuar en consecuencia, constituye un gran logro para la ciencia de la segunda mitad del siglo XX, y se aúna y complementa con los avances en los terrenos de la biología. Por ejemplo, en contra de lo que los poetas creyeron durante siglos, resulta que cuando el ruiseñor macho canta, no es por una pasión amorosa, ni por un dolor, ni por un éxtasis místico, sino simplemente para informar a otros ruiseñores machos que se ha adueñado de un territorio y está dispuesto a defenderlo a toda costa. ¿Y por qué también canta durante la noche? ¿Será una pasión por la luna o por un oscuro amor becqueriano? Pues no, si también canta por intervalos durante la noche es porque, como todos los otros miembros de su especie, tiene una clase de sistema digestivo que lo obliga a alimentarse cada cuatro o cinco horas a lo largo de todo el día y de toda la noche. ¿Y no nos resulta desalentador enterarnos de que compartimos un 98.4% de nuestra dotación genética con el chimpancé y que las células que operan en su cerebro y en el nuestro son iguales? El golpe de la ciencia puede volverse de lo más doloroso para nuestra vanidad —lo ha sido desde hace siglos—, a menos que continuemos avanzando dentro de ella hasta encontrar la salida del túnel.

Quizá como ningún otro psiquiatra de nuestro país,  
De la Fuente logró conocer los recovecos  
de ese sótano freudiano y a la vez acceder  
al nuevo y amplio panorama  
que se vislumbra desde la buhardilla.

Por ejemplo, sobre esta última pregunta nos aclara De la Fuente en su citado libro *Biología de la mente*:

Una de las diferencias principales radica en que las conexiones interneuronales en el cerebro humano son mucho más numerosas y complicadas que en el chimpancé. Cien trillones de interconexiones en serie y en paralelo proveen la base física de la velocidad y la sutileza de operación del cerebro humano, haciendo posibles sus funciones. Al nacer, contamos con casi todas las neuronas que habremos de tener en la vida, y el aumento en el tamaño de la masa cerebral, hasta alcanzar la del adulto, no se debe al incremento en el número de células, sino al de sus ramificaciones y conexiones.

¿Por qué no ver con entusiasmo (*en-thea*: Dios dentro) estos avances en la neurociencia, incluso desde del pensamiento filosófico? “Un túnel se cava en ambas direcciones —afirma De la Fuente— y ya se escucha el golpeteo de los trabajadores a uno y otro lado”. Pensemos en Freud. En tanto médico investigador de las enfermedades mentales, con una vasta clientela exclusivamente de pacientes neuróticos, Freud tuvo la oportunidad —de lo más valiosa para sus descubrimientos— de observar las actividades destructivas que simboliza la diosa griega Até, cuyo nombre en los poemas homéricos significa el estado mental y corporal que conduce al desastre en cualquiera de sus formas. Por el contrario, prestó muy poca atención —quizá no podía hacerlo— a los influjos de Menos: la de las visitaciones de las musas inspiradoras, precisamente de los fenómenos de entusiasmo, de la felicidad real o de las admoniciones de demonios buenos de los que habló Sócrates. Su descubrimiento —la parte oscura de la mente— fue tan importante para él que lo determinó, y limitó, en sus deducciones científicas y filosóficas. Llama la atención que nunca describe físicamente a sus pacientes. ¿Se trata de una mujer de bellos ojos, labios sensuales, alta, gorda, flaca? ¿O el paciente es un hombre fortachón, esmirriado, encorvado, rubicundo, pálido? No nos lo dice. Y es una gran limitación no sólo para imaginarnos a los pacientes sino para entenderlos plenamente. Desde Cervantes, los escritores sabemos que la psicología de un personaje es inseparable de su fisonomía. Podríamos entonces decir que si Freud descubrió el sótano de nuestra mente, nos faltaba subir a la buhardilla. Al respecto, nos dice De la Fuente, casi como conclusión a lo antes apuntado:

¿Es importante abordar el conocimiento de la mente en términos neurales? Yo diría que no sólo es necesario, sino *esencial*, no sólo para comprender al hombre y guiarlo hacia un futuro mejor, sino para asegurar su supervivencia. De hecho uno de los grandes retos de la ciencia es



Giorgio de Chirico, *The Seeker*, ca. 1930



Salvador Dalí, *The Burning Giraffe*, 1936-1937

desentrañar la naturaleza de ese componente destructivo que la humanidad lleva sobre sí como una enfermedad heredada e incurable.

La vasta experiencia —y sus propias aportaciones— de De la Fuente en este campo le permitieron, quizá como a ningún otro psiquiatra de nuestro país, conocer los recovecos de ese sótano freudiano y a la vez acceder al nuevo y amplio panorama que se vislumbra desde la buhardilla.

Pero finalmente Freud fue más que Freud, y esto lo sabía muy bien De la Fuente. En un artículo suyo, que encontré en una *Revista de la Universidad de México* de 1960 —y que no he visto recopilado en ninguno de sus libros— hace un revelador parangón entre Spinoza y Freud, en uno de cuyos párrafos dice:

Que Spinoza creyó en la libertad, lo demuestra el hecho mismo de que el propósito de su *Ética* haya sido el ayudar a los hombres a liberarse de sí mismos. La misma creencia en la libertad se encuentra implícita, y a veces explícita, en Freud. Así, cuando afirma que “después de todo el análisis no pretendo abolir la posibilidad de reacciones morbosas, sino proveer a los enfermos con la libertad del ego necesaria para escoger entre varias opciones”, cuando dice esto Freud, ¡qué mayor prueba de su fe en la libertad, que el haber dedicado su vida a delinear un método terapéutico capaz de liberar a los hombres de los impulsos ciegos de los instintos, es decir, ayudarlos a ser libres!

A fin de cuentas, el trabajo de Ramón de la Fuente durante cerca de sesenta años en el terreno de la psiquiatría, no fue otro que ayudarnos a ser más libres.